



Núm. 38

Exclusiva para recibir anuncios
AGENCIA ESCAMEZ Preciados, 35, Madrid

Madrid 10 Octubre 1880.

Exclusiva para recibir anuncios
AGENCIA ESCAMEZ, Preciados, 35, Madrid.

Año XXX

SUMARIO.—Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Vestido con guarniciones bordadas.—Vestido con cuerpo plegado.—Enagua de cola.—Enagua de franela.—Cuerpo camiseta.—Cofia para señora de edad.—Sombrero para joven.—Vestidos para niños.—Vestido con echarpes.—Matinée.—Almohadon bordado.—Almohadon, *bordado alianza*.—Tapete bordado á la cruz.—Cenefa bordada en cañamazo para

muebles.—Marco de raso para fotografias.—Bolsa calada. Labor anudada.—Cartera en cañamazo pekin.—Flecos anudados.—LITERATURA: Efectos de la educacion, por Antonio Maria Flores.—Mis ocho años, poesia, traduccion de J. F. Bonalde.—El toro de la masia, por Aurora Lista.—La paloma del diluvio, por Angela Grassi.—Ecos de la corte, por Victor Cuende.—Variedades.—Explicacion del figurin 1.427.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. ALMOHADON REDONDO.

(Bordado sobre terciopelo frapée).

Este modelo, provisto de asas de caoba, puede ser montado con recipiente para agua caliente y servir de calienta pies; y va guarnecido de ancho fleco que reproduce los colores del terciopelo y bordado. Si no



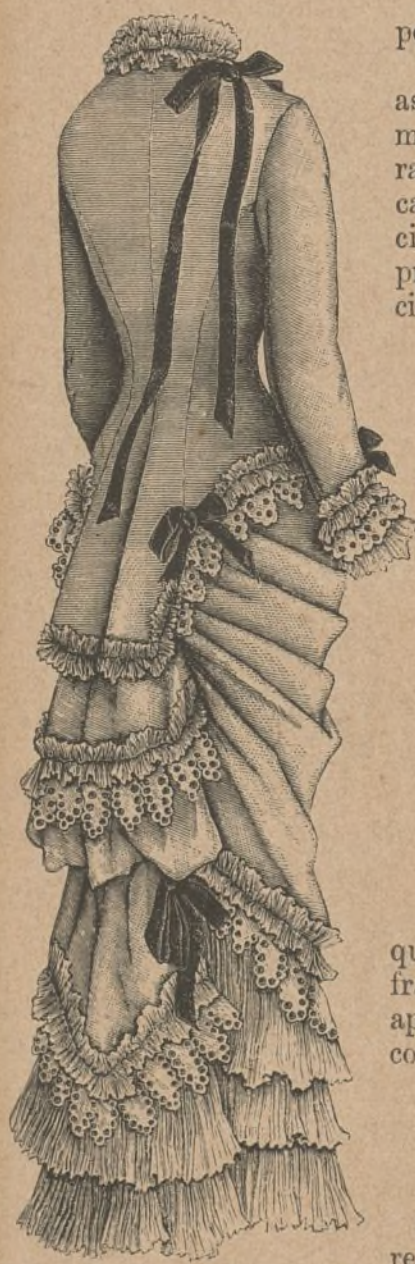
1. Almohadon bordado sobre terciopelo frapée.

5. CUERPO CAMISETA.

Córtase este cuerpo por patrones que ya tienen recibidos nuestras lectoras, y se hace en percal fino, y los pliegues sostienen el cuerpo ceñido por el talle y suelto por abajo, completándole al escote una camiseta con entredos y encaje, que se repite en la bocamanga. Este cuerpo puede ponerse



3. Vestido con cuerpo plegado.



2. Espalda del modelo núm. 1 de EL CORREO anterior.

quiere emplearse el terciopelo frapée, puede bordarse una aplicacion sobre paño, sujeta con sedas y oro.

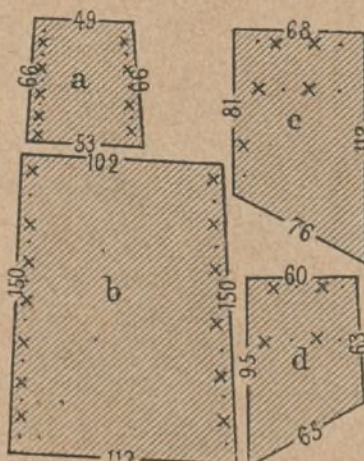
3. VESTIDO CON CUERPO PLEGADO.

Es de lana brochada á lunares, con cenefas bordadas para los adornos: el bajo de la falda lleva dos plisés en tela lisa

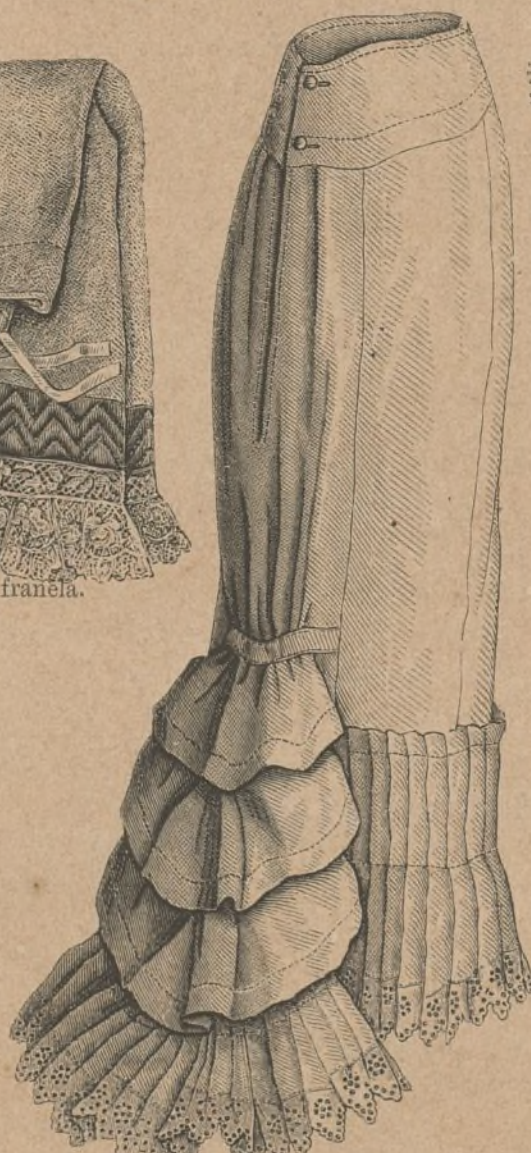
de igual color, y encima un volante á pliegues de 20 cents. con tira bordada. La túnica consta de dos paños de 70 y 102 cents. de largo por 56 y 21 de ancho, recogidos hacia atras bajo un pouf de dos paños estrechos y cruzados muy bajos. El cuerpo lleva por detras una tabla triple, sujetándole el cinturon: una cenefa bordada orilla todo el cuerpo.

4. ENAGUA DE FRANELA.

Tiene de 70 á 80 cents. de largo y se consideran enaguas de entretiempo: tiene 135 centímetros de ancho por 155 de vuelo por abajo, es de franela azul clara con bies de raso más oscuro adornado de pespun-



7. Cróquis para el núm. 2 de EL CORREO anterior.



6. Enagua de cola (Véase el núm. 36.)



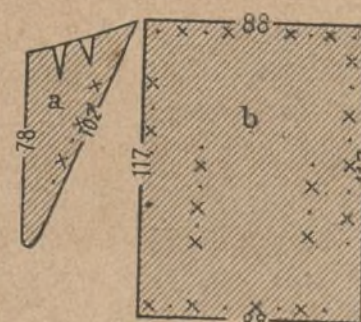
5. Cuerpo camiseta.

con un traje abierto en corazon, para que se luzca el lazo que le cierra.

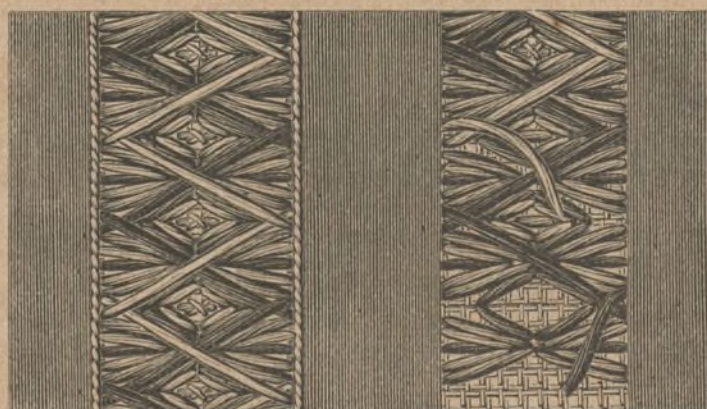
6 Y 36. ENAGUA DE COLA.

El núm. 36 ofrece el patron reducido para esta enagua, y en él están indicadas las medidas: debe hacerse esta enagua, de cola, en percal, brillantina, nanzouk, etc.

El costado *b* se une liso al delantero *a*, y se cose la parte *d* despues de fruncida desde el punto á la estrella, recogiendo despues una jareta, el vuelo de esta cola, á su mitad de altura y cubriéndola luego de volantes. El de adelante tiene 20 cents. de ancho, y un bordado le termina, como al del borde de atras, que no tiene más que 10: los volantes que van encima llevan una jareta.



8. Trajeria del traje 18 de EL CORREO anterior.



9. Bordado para el núm. 29 Ayuntamiento de Madrid

10. TAPETE DE MESITA 6 ALMOHADON. (Bordado alianza).

En uno de nuestros últimos números explicábamos detalladamente este bordado, que se ejecuta sobre una tela lisa formando trasparente, ejecutando los contornos á punto de tallo con algedon grueso, lana ó torzal, segun

el bordado sea, en blanco ó en color; se recortan los espacios que deja el dibujo y se ocupan por calados ligeros. Dos cordoncillos con un punto ruso en medio, separan la cenefa del fondo. Como ya comprenderán nuestras lectoras, nuestro modelo está reducido por no permitir mayor extension las páginas de nuestro periódico.

11 Y 32. CÓPIA PARA SEÑORA DE EDAD.

El ala tiene 58 centímetros de largo por 7 de ancho en el centro, y 3 á los extremos, cosida en redondo al fondo ovalado: es toda de tul de seda, y la guarnece doble ruche de encaje breton y lazos y bridas del mismo tul con igual adorno.

12. SOMBRERO PARA JÓVEN.

El ala, de paja inglesa, completa un fondo bullonado de crespon de seda blanco, rodeado de guirnalda de flores menudas: un lazo muy doble con bridas que se atan por detras completa el fondo.

13 Á 15, 33 Y 34. TAPETE BORDADO SIN REVES.

Nuestro modelo copia diferentes puntos antiguos, todos hechos sin revers, y que son casi todos copia de los que aprenden las niñas en sus primeros ensayos de costura, en los llamados marcadores. Tiene 60 centímetros en cuadro y lleva una cenefa anudada (macramé), que muestra el núm. 14 y que ofrece á medio hacer para su mejor comprension el núm. 34. El bordado, se hace desde luego en la tela, sin más dibujo que copiar el que presenta el núm. 15, siguiendo la cuenta de las labores del cañamazo; y lo mismo la cenefa núm. 33, en la que será fácil arreglar las esquinas fijándose en el grabado núm. 13 que presenta la labor completa: el número 34 indica cómo se añaden hilos en los rincones para hacer las esquinas del fleco.

16 Y 17. CENEFAS DE TAPICERÍA.

Ambas se bordan con dos ó tres colores en escala á punto llamado de gobelinos, que es un *pasado* largo: sirven para decorar muebles y portieres.

24 Y 25. CENEFAS SIN REVES.

Sirven para toallas y mantelerías, y tambien para delantales y ropita de niños. Se bordan en una tira blanca ó cruda con algodón de color, y se fijan con pespuntos á la máquina.

26 Y 27. CENEFAS BORDADAS EN CAÑAMAZO.

El núm. 26 da de tamaño natural esta preciosa cenefa, y el 27 reproduce la misma de tamaño reducido. Sirve para mil objetos, y principalmente para transparentes forrándola de raso de color. El cañamazo debe ser de fondo amarillento ó verde agua, y se borda á la mano con seda de Argel, siguiendo dos veces los contornos del dibujo con un punto atras, y cubriéndolos luego con un cordoncillo de seda hecho con la aguja, metiendo las puntadas por el primero de dichos puntos. El modelo indica perfectamente los cambios de color y el número de hilos que deben coger.

28. MARCO DE RASO PARA FOTOGRAFÍAS.

El marco se elige más ó menos grande, segun sea el objeto que deba contener. Se cubre de raso que esté bien tirante, y se traza sobre él un dibujo lijero con un pincel fino al agua engomada. Nuestro modelo, de raso negro, está realzado con una guirnalda de eglantinas y miosótis con sus colores naturales.

29. CARTERA EN CAÑAMAZO PEKIN.

El cañamazo pekin es una clase de tejido que se forma con una tira de raso y otra de cañamazo bordado con seda de Argel. Las rayas del modelo cuentan 10 puntos y constituyen un precioso adorno para almohadon, tapete ó objetos de fantasía. El número 9 da una cenefa bordada, á puntos largos, con encarnado azul, color moda, verde oliva ó hilo de oro. El azul es de dos tonos y un punto de cruz junta en el centro los hilos del cañamazo; el color moda es oscuro y claro y el verde oscuro. Los núms. 16 y 17 ofrecen otras dos cenefas bordadas á punto de gobelinos con los hilos de seda de Argel de colores del gusto de cada uno.

La cartera se corta de 30 cents. de largo por 24 de

ancho; la pata que vuelve, cortada en punta, tiene 8 centímetros. Se la forra de raso ligeramente ouatado y pespunteado á cuadros; dos fuelles de raso doble forman una bolsa sujeta con dos botones y adornada con una cordonería de los colores del bordado.

30 Y 31. BOLSA CALADA.—LABOR DE NUDOS.

La bolsa, de lana azul y blanca, lleva un trasparente de cachemir ó raso formando bolsa en su parte superior, cerrada con una jareta por la cual va pasada una cinta. Tiene 58 cents. de largo por 50 de ancho, y se ejecuta como indica el núm. 32, de tamaño natural. Los grupos de hilos se anudan 4 por 4 formando un fondo calado y entredoses de barretas, que serán más ó menos largos, segun el grueso de los materiales que se empleen.

La bolsa termina en punta por abajo, en donde tambien se frunce la última vuelta del macramé, rematándola con una larga borla y lazadas de cinta. Por arriba el macramé termina bajo un rizado de cinta; una cordonería terminada con borlas, sirve para suspender la bolsa.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



EFFECTOS DE LA EDUCACION.

(Continuacion.)

Trascurridos seis dias más, es decir, en la tarde del que hacia ocho de haberse ausentado Juana, estaban las dos amigas en el cuarto de estudio de Rosa. Esta, al presentarse Juana, la recibió—aunque cariñosamente—con alguna seriedad, hija de un justo resentimiento.

—Rosita, te encuentro algo grave.

—¿Estas enfadada conmigo, con tu amiga Juana que tanto te quiere?

—En contestacion á tu pregunta, te haré tres.

Dime, Juanita, ¿qué dirias si yo hubiera hecho lo que tú?

Si yo me ausentara de la poblacion sin decirte nada, ¿cómo calificarias mi manera de proceder?

—¿Qué juicio formarias de mi amistad para contigo?

Difícilmente podria contestarte sin evasivas.

—La razon te asiste, Rosita; pero cuando sepas que en menos de media hora se dispuso la marcha y nos pusimos seguidamente en camino, formarás un juicio más razonable y justo de mi conducta para contigo en la presente ocasion.

—¿Ni tiempo has tenido para poder mandármelo á decir por un criado?—interrogó Rosa con amable reconvenccion.

—Para nada tuve tiempo, Rosa. Debes creerme porque la verdad te digo.

—Te creo, Juana, te creo; pero ocho dias me parece que es sobrado tiempo para escribirme dos cartas lo menos, porque supongo que estarias en punto donde hay correo diario.

—Mira, amiga Rosa, me han comprometido para ir al baile todos los dias desde las diez de la noche hasta romper la aurora del siguiente, en que era preciso dormir y comer; de manera que para todo me faltó el tiempo.

—Perfectamente lo comprendo, amiga Juana—dijo Rosa recalando esta pequeña frase y diciendo luego en su interior:

Mi buena y prudente mamá tiene razon en todo, y le sobra en cuanto á lo que relativo á Juana me tiene dicho.

—Mucho me he divertido, Rosita.

Tres parejas de ambos sexos recorriamos jugando casi todo el dia en los jardines de unos y otros cogiendo flores y frutas, dando tormento á las plantas y burlándonos de los jardineros.

—¿Cuánto nos divertimos!...

—¿Cómo habias de acordarte de tu amiga Rosa ni del secreto que tanto deseabas comunicarle, si el tiempo te faltaba?

Juanita, de muy distinta manera que tú, entiendo yo la amistad.

Aunque muy tarde, tal vez te acuerdes de mis palabras y reconozcas los buenos deseos que, relativos á tí, he tenido siempre.

Entonces comprenderás lo que ahora entender no quieres; lo que desprecias como á cosa baladí: te vencerás de que una jóven que concurre á las reuniones de personas decentes é instruidas y que carece de toda clase de conocimientos con que se amenizan las conversaciones, no es más que un bulto viviente que por su ignorancia se hace repulsivo, que si alguna atencion se le dispensa, no es á ella, es á las riquezas que posee, lo que no deja de ser una humillacion.

Ten esto muy presente, querida Juana, pero sin olvidar que la jóven que posee conocimientos en las distintas esferas del saber humano, es acogida y respetada en todas partes, mientras no haga mal uso de estos conocimientos, interin no falte á lo que á sí misma se debe.

—Rosita, eres una gran oradora.

Si en tu lugar me hallara, temeria volverme loca creyendo tener llena de grillos y chicharras mi cabeza.

Yo entiendo las diversiones de muy distinta manera que tú, y de ello no me pesa.

—Perfectamente comprendo que todo lo entiendes al revés, sin detenerte á reflexionar las consecuencias que de ello puedan resultar, Juanita, y lo peor es la obcecacion en no examinar las cosas y blasonar de una firmeza de carácter que tampoco te favorece.

Te aplazo para una época no muy remota, en la que me darás la razon comprendiendo el error en que actualmente vives y la tortuosidad de la senda que impávida y ciega sigues para tu mayor desgracia.

Como quiera que el viaje, aunque corto... supongo que no sería muy largo, te habrá molestado, necesitas descansar, razon porque no quiero que por mi causa dejes de ir á disfrutar de una de tus mayores delicias en los brazos de Morfeo, mientras que yo me entrego á lo que tan inconscientemente llamas zarandajas y fruslerías.

—Amiga Rosa, hoy te hallo muy distinta de otras veces.

—Pues soy la misma que siempre he sido, no hay más diferencia que la causada por un desengaño más.

—Es decir que estás enfadada conmigo—dijo Juana con altanería.

—No. No estoy enfadada; lo que sí estoy es, con fundados motivos, resentida.

—Lo que quiere decir que no te interesa saber el secreto que en nuestra última entrevista te dije que deseaba comunicarte.

—¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Estoy pronta á escucharte, por muy insignificante ó grave que el tal secreto sea.

Juana sacó de su pecho un pliego y lo entregó á su amiga diciendo:

—Rosita, para que veas si soy tu amiga, si tengo confianza en tí, toma.

En este papel hallarás escrito el secreto de que te hablé.

En nuestra próxima entrevista me dirás, con toda ingenuidad, lo que te parezca.

—Convenido.

Hasta mañana, pues.

Te ruego que reconcentres tu imaginacion, que no olvides mis palabras, que sólo son hijas de la mejor buena fe y de la más sincera amistad.

Hasta mañana, repito.

—Adios, Rosita, hasta mañana.

Rosa acompañó á su amiga hasta la puerta de la calle, en donde nuevamente se despidieron dándose mútuos besos y abrazos.

IV.

Han trascurrido veinte horas.

Dos jóvenes departian amigablemente en un gabinete lujosamente amueblado, sin más testigos de vista

que un loro muy hablador, el cual frecuentemente las interrumpía repitiendo muchas de las palabras que escuchaba y otras que él sabía, no muy adecuadas á la decencia, que el asistente de un jefe militar, á hurtadillas le tenía enseñadas.

Nuestras amables lectoras, desde luego, habrán comprendido que hablamos de Rosa y Juana, las que mutuamente se citaron en la tarde del día anterior.

—Rosa, tienes un loro muy charlatan y bastante mal hablado; pero me hace mucha gracia.

—Juanita, razón tienes en lo de charlatan y mal hablado.

No sé quién le enseñó las palabras incultas que de pronunciar acaba.

Segura estoy de que mis padres no se las han oído. A mí me repugnan: tanto es así, que si las repite y se las oigo, rogaré á mi buen padre que lo retire de casa.

Para librarnos de tan importuno como desvergonzado testigo, y para que nadie pueda enterarse de lo que las dos hablamos, conviene que nuestra conversacion tenga lugar en mi cuarto de labor y estudio. ¿Te parece bien, Juanita?

—Perfectamente; pero aún no me has dicho lo que te parece del contenido de la carta que ayer te di para que de él te enteraras, y tu dictámen con ingenuidad me dieras.

—Amiga Juana, debes comprender que este sitio no es á propósito para tratar de cosas serias ni hablar reservadamente.

Digo que no es á propósito porque los criados, como lo habrás observado, pasan por aquí con mucha frecuencia, y aunque parece que no oyen ni observan, procuran enterarse cuanto les es posible de lo que se habla para comentarlo luego en sus conciliábulos, á su manera, no muy justa casi siempre, por buenos que ellos sean.

Por otra parte, quiero que antes de que mi humilde parecer te manifieste, hagas el sacrificio de oírme con atención, con calma y sin interrumpirme.

Después que atenta y sosegadamente oigas mi desaliñado, pero sincero razonamiento, te diré con franqueza lo que, en mi juicio, del contenido de la carta se desprende.

—Rosita, te ofrezco oír con gran atención y sin interrumpirte, todo cuanto decirme quieras.

—Con gran placer admito tu oferta, y confío que la cumplirás,—dijo Rosa con fruición, dando besos y abrazos á su amiga, y añadió:—Vamos á mi cuarto.

Ambas jóvenes asidas del brazo, y muy placenteras, se trasladaron al cuarto de la labor y estudio de Rosa; ésta cerró la puerta diciendo:

—Sólo á mis padres se permitirá la entrada mientras hablando estemos; pero estoy segura que no vendrán; por consiguiente, aquí podemos conversar sin testigos.

Las dos amigas, después de haber dado algunos paseos por el cuarto, se sentaron en un sofá.

—Toda soy oídos en este momento, Rosita. Puedes hablar cuando quieras.

Rosa, admirada del juicio, conformidad y calma de Juana, y creyendo que podría realizar sus nobles y humanitarios deseos relativos á su amiga, se expresó de la siguiente manera:

—Juanita, si bien mis pocos años, la falta de experiencia y los escasos conocimientos que poseo no me autorizan para dar consejos, y mucho menos para tratar de cosas serias, me facultan la amistad, los buenos deseos y las aspiraciones que hacia tí me animan.

No falta quien niega á la mujer hasta la facultad de raciocinar, ni quien opina que no debe poseer ninguna clase de conocimientos literarios ni científicos.

Los que así discurren, guiados por un inculcable egoísmo, debieran comprender que conspiran contra sí y en perjuicio de la humanidad.

La mujer es competente para emitir sus ideas y dar consejos en ciertas y determinadas épocas de la vida, siempre que instrucción, prudencia y buen tacto reuna, on permiso sea dicho de los que opinan que la mujer no es más que un sér inconsciente y rutinario, que no debe salir de la esfera humillante y servil á que la ignorancia suya, y el capricho de los que la esclavizan, la tienen reducida.

El entrañable cariño que te profeso y la exposición en que sin comprenderlo te encuentras, y sobre todo, el contenido del consabido pliego, me obligan á que sin reticencias ni ambages te hable, si así no lo hiciese, sería una falsa amiga.

—A juzgar por lo que de tu preámbulo se infiere, es de gran interés lo que á decirme vas.

—Si de ello te aprovechas, si no desoyes la voz de la razón y practicas lo que ésta impone á las jóvenes dignas, honradas y laboriosas, conseguirás recoger abundantes y bien sazonados frutos, al par que me darás una irrecusable prueba de la sincera é íntima amistad que me profesas.

—Procuraré complacerte. Dispénsame las dos interrupciones y continúa, que ya te escucho.

—Seré lo más breve que pueda.

Principio pues.

Dicen varios autores de gran fama que la mujer al venir al mundo, trae una grande é importantísima misión que cumplir.

Excuso decirte que estoy enteramente conforme con la opinión de esos varios autores.

Digo que estoy conforme, porque, comprendo por lo que relativo á mi virtuosa, instruida y buena mamá, observando vengo.

No hay duda de que la mujer digna de tal nombre es la alegría de la casa, la base en que estriba la parte principal del edificio doméstico y del social.

Primero es la hija sumisa, más tarde la esposa fiel, y después la cariñosa madre que con la mayor resignación, y hasta con placer, sobrelleva las infantiles impertinencias de sus hijos, siendo al mismo tiempo el consuelo y auxilio de su esposo, y el paño que enjuga en lo que puede, las lágrimas del afligido y las necesidades del pobre.

ANTONIO M. FLORES.

(Se continuará.)

MIS OCHO AÑOS.

(DEL PORTUGUÉS. — ABREN).

¡Oh souvenir! ¡Printemps! ¡Aurores!
V. HUGO.

¡Oh! qué recuerdos tan dulces
los del alba de la vida,
los de mi infancia querida
que jamás ha de tornar!
¡Qué amor, qué sueños, qué flores,
en aquellas tardes calmas,
á la sombra de las palmas
ó en el verde limonar!

¡Qué bellos son esos días
del nacer de la existencia!
Respira el alma inocencia
como perfumes la flor;
el mar es lago sereno,
el cielo un manto azulado,
el mundo un sueño dorado,
la vida, un himno de amor!

¡Qué auroras, qué sol, qué juegos!
¡Qué noches de melodía!
Y aquella dulce alegría,
y aquel tranquilo gozar!...
Lleno de estrellas el cielo,
la tierra de aromas llena,
el mar besando la arena,
la luna besando el mar.

¡Oh mi infancia, mis recuerdos,
mi cielo de primavera!
¡Cuán dulce la vida era
á la luz de aquel albor!
¡En vez de estas amarguras,
hallaba en esas delicias
de mi padre las caricias
y de mi madre el amor!

Por mis nativas montañas
discurría satisfecho,
descubierto al aire el pecho
y desnudo el breve pié:
corriendo, feliz, en torno
de las cascadas ruidosas,
detrás de las mariposas
que mías siempre juzgué.

En esos tiempos dichosos
á los árboles trepaba,
y horas enteras vagaba
por la orilla de la mar;
rezaba al Ave-María
y el cielo, su azul luciendo
me vía al dormir riendo
y cantando al despertar.

¡Oh! qué recuerdos tan dulces
los del alba de la vida,
los de mi infancia querida
que jamás ha de tornar!...
¡Qué amor, qué sueños, qué flores
en aquellas tardes calmas,
á la sombra de las palmas
ó en el verde limonar!

J. A. PEREZ BONALDE.

EL TORO DE LA MASIA.

(Continuación.)

Era domingo: Clara, después de haber oído misa mayor en Villabeltran, venía con su amiga Teresa camino de su casa.

Dos rosas tan frescas como sus hermanas de Mayo hermozeaban las antes pálidas mejillas de la niña, sus pupilas de color de cielo sonreían como él alegres y brillantes, y su hechicera boca daba paso á sonoras carcajadas, con las cuales contestaba á las picarescas bromas que, con motivo de ser aquel día su casamiento, le prodigaba su compañera.

—Hablemos con formalidad, dijo Clara, mira que esta noche os espero á tu madre y á tí para llevarme á la iglesia.

—Pues ya lo creo; pero nos veremos antes. ¿No vas á la corrida?

—¿Hay corrida esta tarde? preguntó Clara, cuyo rostro invadió súbita palidez.

—Sí, yo voy con mi madre á verla en los balcones de la señora condesa, y si tú vinieras se alegraría mucho, porque muestra vivos deseos de conocerte siempre que le hablo de tí.

—¿Pero no correrán el toro de la masía de San Pablo? preguntó Clara, quien fija en una idea no había atendido á las palabras de su amiga.

—Se había dicho que no, en vista de las desgracias que siempre suceden; pero parece que con motivo de ser hoy tu casamiento, y como en obsequio á tu novio, lo sacan, aunque sólo por un cuarto de hora.

—Jaime no irá, dijo la niña con firmeza.

—Te aconsejo no te metas en ese asunto.

—¿Por qué?

—Porque quedarias desairada; me consta que Jaime ha empeñado su palabra de ponerse delante del toro.

—Pues si ha dado su palabra, faltará á ella, dijo Clara con energía.

—No apruebo obligues á tu novio á quedar mal con sus amigos, cuando no sé qué inconveniente haya en que repita una vez más lo que ha hecho tantas veces.

—Teresa, tengo el presentimiento de una desgracia.

—Lo que tú tienes es miedo de que tu gallardo novio se te deshaga entre las manos.

—Ese toro es una fiera que deja en todas las corridas un rastro de sangre, contestó Clara con voz lúgubre.

—Pero eso no reza con tu novio, quien le pone más manso que un cordero. Figúrate que sale el toro hecho un demonio, son más de veinte hombres que tiran de la cuerda y no pueden contenerle: desgraciado del que encuentre en su camino. Pero se presenta Jaime, le tiende los brazos, le mira fijamente, y ya lo tienes que no falta otra cosa sino que vaya á lamerle la mano.

Clara parecía absorta en honda meditacion.

Las dos amigas llegaban á la puerta de la choza, donde se despidieron.

—Adios, dijo Teresa, á las tres en punto vendré á buscarte para ver la corrida, confío que no me darás chasco: y se alejó corriendo camino de Villabeltran.

Clara entró en la cabaña.

Las doce daban en el reloj de la villa cuando Jaime trasponía sus umbrales.

—Hoy tendrás que esperarte un poquito, no está la comida, dijo Clara saliendo á recibirle.

—No te apures por eso, esperaremos, contestó estrechándola amorosamente sobre su corazón.

En seguida se sentaron en el aseo muy despacio y sosegadamente, sin cuidarse de otra cosa que de su amor y ventura.

Las tres daban sin que hubiera terminado la comida. Pero esto no fué obstáculo para que el payés se levantara exclamando:

—¡Las tres! ¿Es posible? ¡Cómo vuela el tiempo!

—¿Te vas sin acabar de comer? preguntó Clara.

—Me estarán aguardando para la corrida, tú también puedes verte de fiesta: me ha dicho Teresa que vendría á buscarte.

—Pues bien, dijo la niña irguiendo su hermosa frente, tú dirás qué es primero, tus amigos ó yo.

—¡Tú, Clara querida, tú siempre! profirió Jaime con impetuoso arranque.

Clara exhaló un grito de delirante júbilo, estrechándole apasionadamente sobre su seno.

—¡Ah! dices bien. ¿Qué importan los amigos, cuando el cielo y la tierra juntos no valen la felicidad de este abrazo!...

Dos golpes dados en la puerta de la choza respondieron á la impía frase del payés.

Jaime y Clara se estremecieron por idéntico impulso, contemplándose con expresion profunda y desgarrada,

tu novia, mientras nosotros hacemos una jornada á todo correr para venir á buscarte?

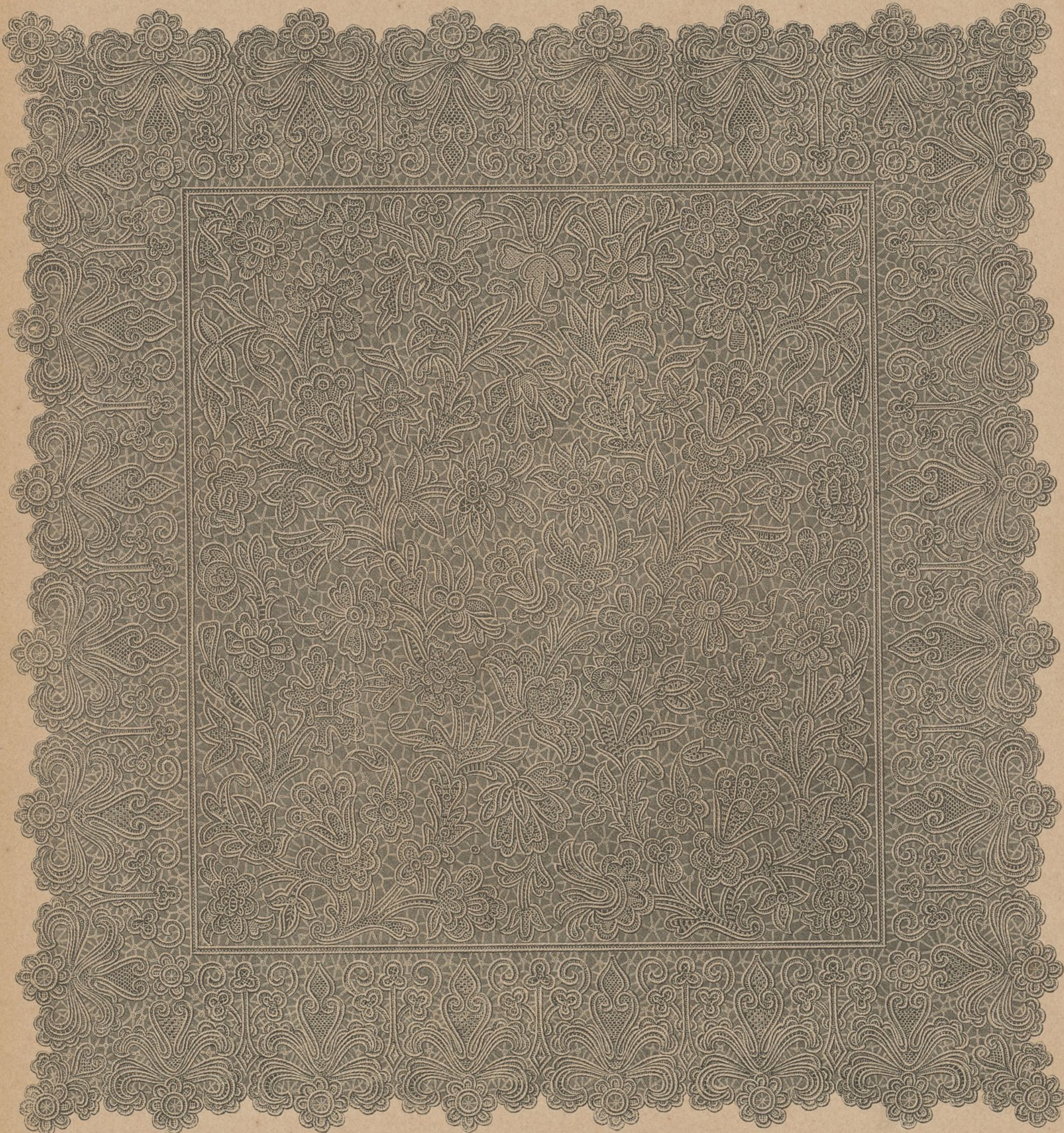
—¿Quién os manda venir? dijo Jaime con altivez.

—¿Que quién preguntas? Tu palabra empeñada esta mañana de ponerte frente al toro de San Pablo, al cual dos docenas de fornidos muchachos no bastan á contener, y se teme una desgracia.

—Lo siento, pero no puedo ir.

—¿Por qué? gritaron varias veces.

—Porque no quiero, exclamó Jaime con arrogancia. Un murmullo sordo y comprimido circuló por la habitación. Las inseguras miradas de los payeses se consultaron fieras y amenazadoras.



10. Tapete ó cubierta de almohadon. Bordado alianza.

—Teresa es una loca, dijo Clara de mal humor; yo no gusto de esas cosas, y si tú te vas me estaré sola toda la tarde.

—A pretexto de que sacan el toro de la masía en celebridad de mis bodas, me han comprometido de modo que no puedo evadirme.

Clara guardó silencio, pero dos gruesas lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas.

—Clara, no llores, que me partes el corazón.

—Pues si no quieres que llore, no vayas.

—¡Oh, no es posible! ¿Qué dirán mis amigos?

dora, cual si aquella mirada debiera ser la última. Los golpes sonaron con mayor violencia.

El payés separó dulcemente á su amada, y con la voz brusca é imperiosa que le era habitual, gritó:

—Adelante.

Diez ó doce payeses jóvenes y robustos entraron en la choza.

Quizás fuese efecto del calor y del cansancio, pero sus rostros acusaban los vapores de la embriaguez.

—¡Por los clavos de Cristo! dijo el que parecía capitanearlos; ¡está bien que tú te estés recreando al lado de

—Clara, dijo uno que parecia más sereno, aconséjale tú que vaya.

La niña guardó silencio.

—Ya está averiguado, saltó otro; es que ella no quiere; y en verdad no puede vanagloriarse de dominar á las fieras, quien es juguete de los caprichos de una muchacha...

—El que vuelva á hacer la menor alusion á la que esta noche será mi mujer, bien puede encomendar su alma al diablo, dijo Jaime con voz terrible.

Y con actitud reposada, pero previsora, tomó de en-

...nada á todo
...altivez.
...peñada esta
...blo, al cual
...tan á conte-

...arrogancia.
...ó por la ha-
...payeses se



...no, aconséjale
...ella no quie-
...dominar á las
...e una mucha-
...n á la que esta
...ndar su alma
...tomó de en-



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID



Nº 603

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

cima la mesa el
rado á la mism
con poco es fue
jera arista.

El grupo de
—Qué es es
quien, risueña
la cabaña.

—Jaime qu
rida, despues



11. C68

testaron vária

—Pues not
plirlo, porque
para que vea
fiera de la Ma

Y al oido d

—Cede, Cl
conflicto; aun
pueda domin
muchos y vic
enemigos, tú
je, y...

—¡Vamos
desgarradora
mos!

La comitiv
radamente,
empezaba á l
tarde.

En veinte
tos llegaron
guerras.

—Jaime,
dijo Clara, q
llegado el m
de separarse
méteme que
pondrás dela
toro hasta q
llegue á la



22. Delantera
de EL CORRE
el n

cima la mesa el ancho cuchillo. Este estaba amarrado á la misma con la cadena, Jaime tiró de él con poco esfuerzo, y arrastró á aquella como ligera arista.

El grupo de payeses retrocedió un paso.

—Qué es eso, dijo la alegre voz de Teresa, quien, risueña y gentil como siempre, entró en la cabaña.

—Jaime que se empeña en no venir á la corrida, despues de habernos dado su palabra, con-



11. Côfia para señora de edad. (Véase el núm. 32.)

testaron varias voces.

—Pues no tendrá más remedio que cumplirlo, porque yo vengo á buscar á Clara para que vea cómo su novio domina á la fiera de la Masía.

Y al oído de su amiga, añadió:

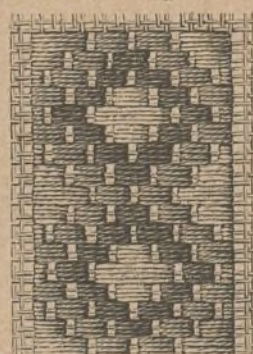
—Cede, Clara, si no vas á promover un conflicto; aun suponiendo que Jaime sólo pueda dominar á esos hombres que son muchos y vienen medio beodos, se creará enemigos, tú sabes que se le acusa de hereje, y...

—¡Vamos! interrumpióle Clara con voz desgarradora que semejava un sollozo, ¡vamos!

La comitiva se puso en marcha apresuradamente, pues empezaba á hacerse tarde.

En veinte minutos llegaron á Figueras.

—Jaime, adios, dijo Clara, que veía llegado el momento de separarse; prométeme que no te pondrás delante del toro hasta que éste llegue á la plaza



13. Cenefa á punto de Gobelinos.

donde yo estaré.

—Te lo juro.

Pero dime hacia qué lado estarás para que yo te vea.

—En los balcones de los señores condes de Collbató, saltó Teresa dándose tono.

El payés palideció súbitamente.

—¿En el segundo piso con la servidumbre? preguntó esforzándose en dominar el temblor de su voz.

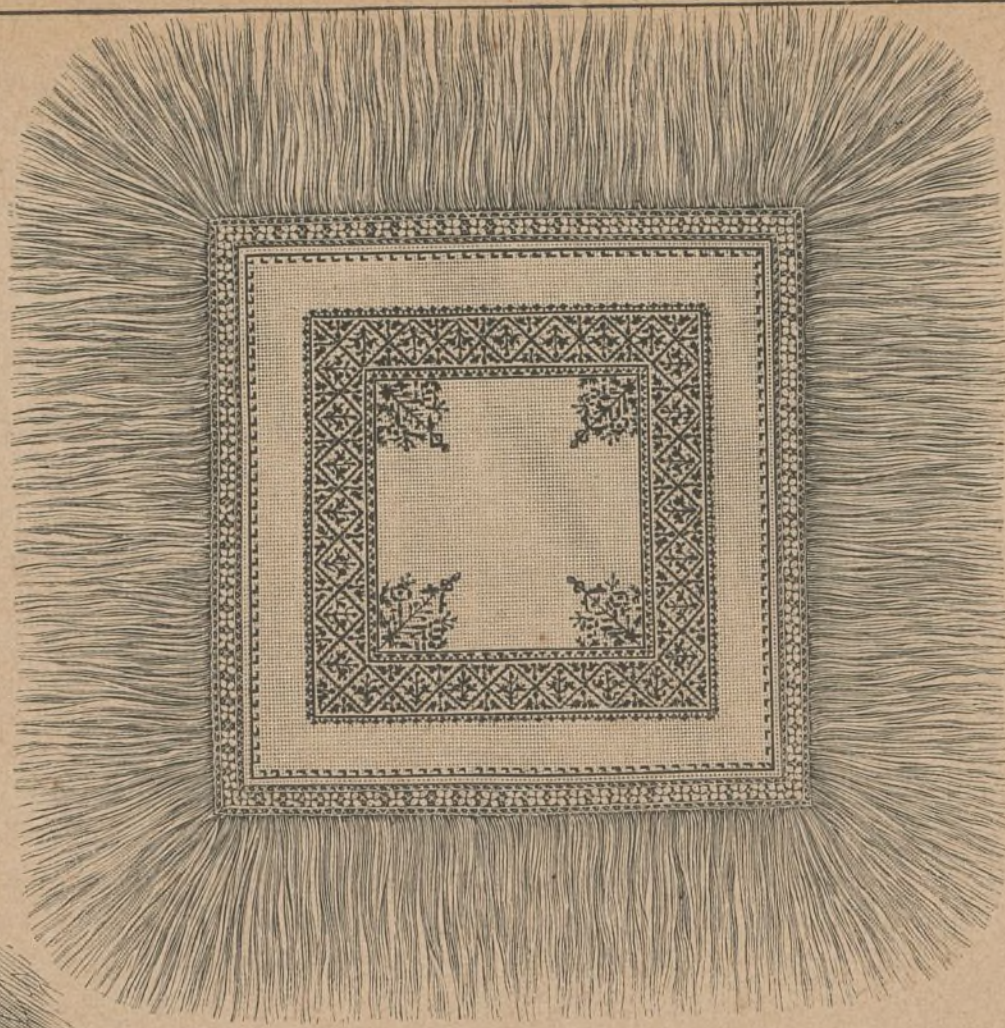
—Quizás, quizás sea en el primero con los señores, quienes me quieren mucho y están deseosos de conocer á Clara, contestó Teresa.

Jaime, cual si la voz le faltara, saludóla con el ademán, internándose en la población con sus compañeros.

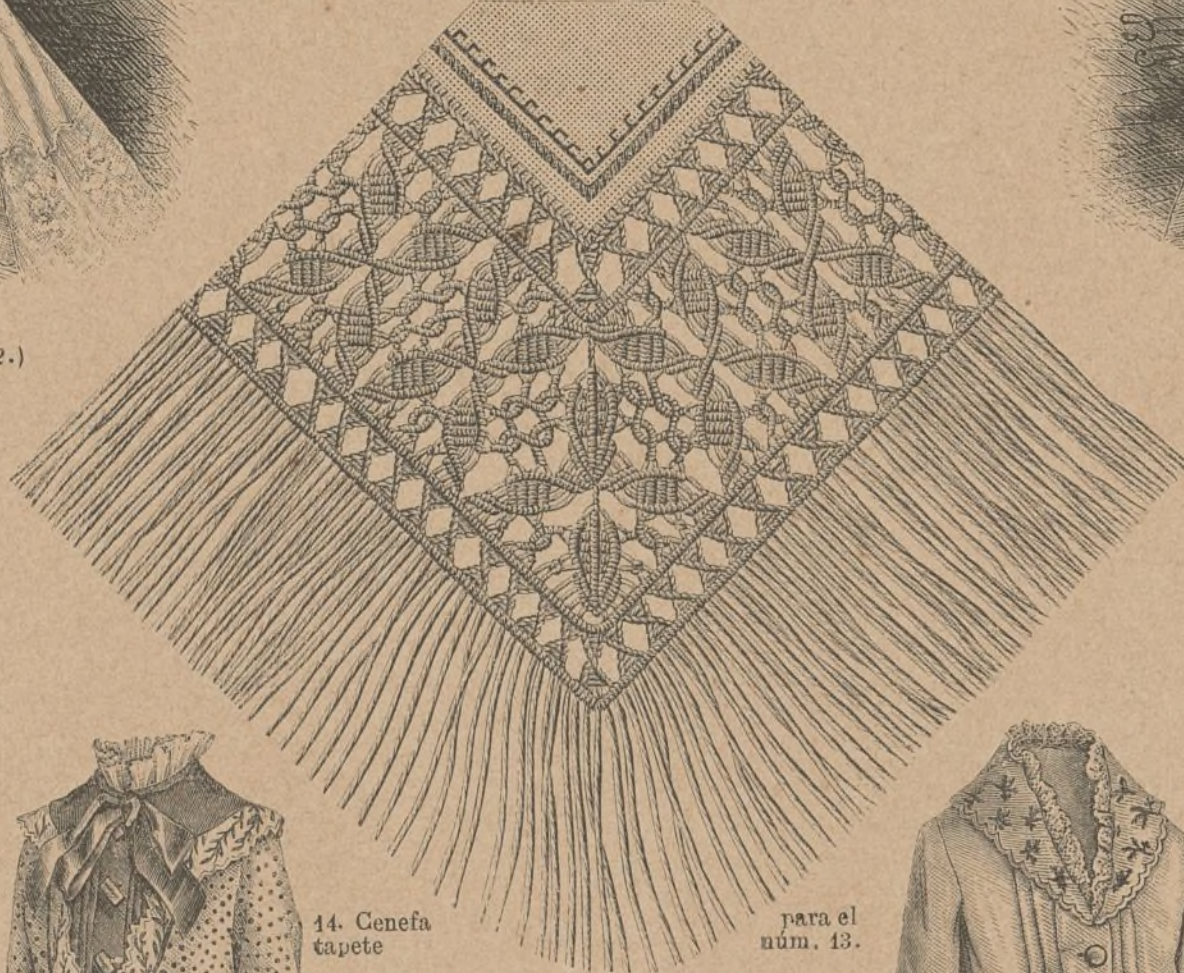
Las dos amigas se encaminaron



22. Delantera del modelo núm. 2 de EL CORREO anterior. (Véase el núm. 7.)



13. Tapete bordado sin revés. (Véanse los núms. 14, 15 y 33 y 34.)



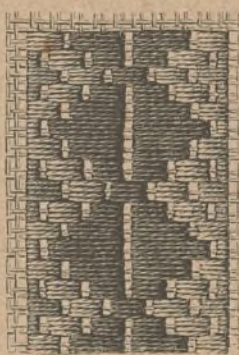
14. Cenefa tapete



20. Ramo para el núm. 19.



21. Ramo para el núm. 19.



17. Cenefa á punto de Gobelinos.

19. Delantera del núm. 6 de EL CORREO anterior. (Véanse los núms. 20 y 21.)

que creo, pues Teresa nos ha contado te casas esta noche con el que siempre creíste tu padre.

—Sí, señor; a í es.

—¿Y de tu madre no te acuerdas?

—Murió á muy poco de yo nacer. Mi padre era operario de una fábrica de Sabadell. Una máquina ocasionó su muerte el mismo día que me dió á luz mi madre, la que no tardó en seguirle.

Los dueños de la fábrica me adoptaron por hija; pero la suya tomó celos,

originándose mil disgustos entre los esposos.



23. Espalda de la matiné núm. 30 de EL CORREO anterior. (Véase el núm. 35.)

á casa de los condes. Teresa y algunos de sus hermanos habian nacido en ella, mas como estos se fueron multiplicando, su padre compió una huertecita en Villabeltran para unir sus productos al salario. Aunque Teresa pasó con su madre y hermanitos á vivir á aquella, siempre habia sido la niña mimada de los señores, quienes no se hallaban sin la graciosa payesa.

Entró, pues, sin ceremonia en el gabinete donde los nobles esposos se hallaban, llevando



12. Sombrero para joven.

de la mano á su amiga, á la que presentó diciendo:

—Aquí tienen los señores á Clara.

—¡Hermosa criatura, dijo el conde; tal sería nuestra hija!

—Como ella es blanca y sonrosada, con ojos azules, y debe tener tambien los cabellos rubios, añadió la condesa, cuya mirada se esforzaba en penetrar al traves de la tupida redcecilla y el pañuelo de blonda.

—Y tendrá su edad próximamente. ¿Cuántos años tienes, hermosa niña?

—Diez y siete, señor, contestó ésta con su voz dulce y vibrante, cuyo acento conmovió hondamente el corazón de ambos esposos.

—Tres más que yo, saltó Teresa, á quien no hacía gracia se pasara tanto rato sin entrar en escena.

—La misma, dijo el conde; hoy cumple quince años que las aguas de la Muga arrojaron el cadáver de nuestra inolvidable hija.

—¡Estraña coin-

por cuyo motivo, Jaime que estaba de jardinero en la casa, una vez fui algo más crecida, encargóse de mí con gran contento de los señores.

—Y luego se enamoró de tí y tuvo que descubrirte todo.

—De lo que no me pesa, dijo Clara entre risueña y ruborosa.

—Oiga, oiga, según parece no es gratitud solamente lo que te mueve á aceptarlo por esposo.

—¡Oh, no, le amo con toda el alma!

—Dios os haga tan felices como merecis serlo, él por su buena acción, tú por tu candor y belleza.

Clara iba á dar las gracias, cuando una gritería inusitada la hizo correr precipitadamente al balcón.

Los condes la siguieron, colocándose á dos pasos de la niña. Teresa más en sí, se puso en último término.

Vistoso y pintoresco era el golpe de vista que la Placeta presentaba: los balcones y terrados atestados de gente; las puertas por las que, amuralladas con tablas y sillas, asomaban dos y tres órdenes de cabezas ansiosas; las bocacalles, en las cuales la multitud ávida y bulliciosa se apiñaban, y su centro limpio y despejado, bien decían el espectáculo que iba á tener lugar.

(Se concluirá.)

AURORA LISTA.

LA PALOMA DEL DILUVIO.

NOVELA ORIGINAL

de

ANGELA GRASSI

(Continuación.)

Al cabo de algunos días entrábamos en Madrid, apoyados en el brazo el uno del otro.

Realicé las letras que estaban á cargo de un conocido banquero, y con su valor puse una tienda de ebanistería, aconsejado y guiado por el mismo banquero que se interesó por mí.

Yo amaba el trabajo, el orden y la economía.

Mi establecimiento prosperó.

Tenía además á mi lado á un hada que sabía convertir las piedras en pan y los maravedises en escudos.

Había escrito á mi bienhechor mi nueva situación, pero no había obtenido respuesta; no volví á obtener respuesta á ninguna de mis cartas.

¿Qué había sido de él?....

Esta era la única nube que entoldaba el sol de mi ventura....

Pasaron los días y los años: ¡pasan tan pronto los años, para los seres dichosos! y éramos tan dichosos nosotros en medio de nuestra vida amante, apacible, laboriosa....

Pero pronto la suerte, cansada de nuestra felicidad, nos despertó bruscamente de aquel dulce sueño.

Un día salí á dar una vuelta por el Prado, y hallé con gran sorpresa á uno de los monjes de mi convento.

Ambos sentimos suma alegría al vernos: nos sentamos en un banco y evocamos juntos los gratos recuerdos del pasado.

Él me contó que estaba de preceptor en casa de un grande de España: yo le hablé de mi mujer, de mis hijos, de mi desahogada posición....

Luego le manifesté mi pesar por no haber vuelto á saber de mi bienhechor, de aquel á quien todo lo debía.

—¡Ah! me dijo tristemente, bien distinta ha sido su suerte... Después de haber sembrado en torno suyo beneficios, víctima de una estafa innoble, que ha comprometido toda su fortuna, se halla espiando en la cárcel de Vigo su generosidad y su hombría de bien.

Embargados y vendidos todos sus bienes, y aún no solventada con esto su deuda, ni siquiera puede acariciar la esperanza de ver pronto acercarse el fin de su cautiverio. Porque, ¿quién ha de venir en su socorro? Los hombres olvidan pronto los beneficios y ya no se acuerdan del caído.

No está él exento de culpa: la fianza que prestó al gobierno para la realización de una vasta especulación, era exorbitante y sobrepujaba á su fortuna.

Bien es verdad que se trataba de su cuñado, de un hermano de su mujer, ya muerta, á quien había amado con apasionada ternura. ¡Ah! el hermano era muy dis-

tinto de su santa esposa... hipócrita, falso, vicioso y derrochador...

Yo ya no le escuchaba: me separé de él con el corazón oprimido, con la imaginación exaltada.

Aquellas palabras: *los hombres olvidan pronto los beneficios y ya no se acuerdan del caído*, había hecho una impresión dolorosa y profunda en mi alma.

Volví á casa mudo, sombrío: á la primera pregunta de mi esposa se lo referí todo.

Ambos tuvimos el mismo pensamiento.

Sacrificar hasta el último ochavo, para obtener la libertad de nuestro bienhechor.

—¿Y los niños? dije yo con acento trémulo, señalando la camita en donde los tres dormíamos abrazados.

—¡Dios es padre! me contestó Ana con su inefable y célica sonrisa.

¿Qué hubiérais hecho vosotros, hijos míos?

Muchas veces me he preguntado, viendo vuestros sufrimientos y vuestras privaciones, si había estado en mi derecho pagando una deuda de gratitud de la que no érais solidarios.

Tomé á crédito una crecida cantidad, y partí para Vigo.

¿Cómo podré pintaros mi gozo al estrechar en mis brazos á mi noble amigo, al sacarle triunfalmente de la cárcel, en donde el infeliz pensaba terminar sus días?

Pensé llevarle conmigo á Madrid, que viviese con nosotros, ya que carecía de familia, querido y venerado...

Pero la suerte echó por tierra todos aquellos proyectos halagadores.

Su salud estaba muy quebrantada: cayó enfermo, no pudo ponerse en camino, y en breve espiró entre mis brazos, colmándome de bendiciones.

Regresé triste y solo al cabo de dos meses.

Mi oficial mayor, aprovechando mi ausencia, había puesto tienda enfrente de la mía, y se había llevado á la mayor parte de mis parroquianos.

Aunque me puse á trabajar con fé, no pude hacer frente á los plazos de mi crédito, aumentado con crecidos intereses.

¿Qué más os diré? Para el que vive de su trabajo, el atraso conduce rápida y fatalmente á la completa ruina....

Cuando llegaba aquí Rosario de su lectura, resonó en la puerta un discreto golpecito.

Corrió á abrir. Era doña Josefa.

XV.

—Quisiera hacerle á V. una petición, Valerio, dijo de pronto Antonio, parándose en medio de la calle de Alcalá, por donde andaban paseando. Hace días que deseaba hacérsela, pero temía ser objeto de su burla. Temía que achacase V. á romántico despropósito mi deseo.

Valerio se paró á su vez y le miró sin contestarle. Estaba pálido y extrañamente conmovido, como si su corazón le anunciase alguna nueva desventura.

Viendo su silencio, Antonio prosiguió:

—Usted sabe que, por desgracia, puedo disponer libremente de mi voluntad.

Sucesor en la escribanía de mi padre, y decidido á vivir siempre en Elanchove, comprendo que debo pensar en establecerme.

Muchas son las jóvenes del pueblo que me convidarían por esposa y en las que he fijado sucesivamente mi atención, sin decidirme por ninguna.

No sentía por ellas ni amor ni siquiera simpatía.

Hoy creo que no puedo decir lo mismo.

Calló breves instantes, y viendo que su amigo no le alentaba para que hiciera su confidencia, añadió, pudiendo apenas dominar su emoción:

—Hoy creo que amo á Rosario; hay en ella un candor, una sensibilidad, y al mismo tiempo una extraña firmeza, que me seducen y enamoran. Pero es huérfana y pobre: está á cargo de V. y de su familia, y creo que ante todo debo contar con el consentimiento de V.

¿Pero qué tiene V.? ¿Se ha puesto V. malo?

—No: un vahido! murmuró Valerio, pasándose la mano por la frente, inundada de frío sudor.

Desde la enfermedad de mi hija estoy muy atacado de los nervios. Entremos en aquel café.

Entraron en el café; pidió Valerio un vaso de agua que se bebió á grandes sorbos, y luego repuso, dirigiéndose á Antonio, que permanecía silencioso:

—¿Y ella?

—Es una niña, respondió Antonio; es una niña que acaso no sepa lo que significa la palabra amor. Pero tantas veces como nos hemos encontrado junto al lecho de Esperanza, se ha mostrado conmigo amable y expansiva.... Tenemos las mismas ideas, los mismos sentimientos; nos convenimos por todos estilos: ella es pobre, yo soy, relativamente, rico, y al par que satisfago un vehementísimo deseo de mi alma, la aseguro un modesto bienestar.

Hace días que acaricio esta idea, sin resolverme á hablar; pero ahora, ya casi terminado el asunto que me trajo á Madrid, me urge volver á Elanchove, pues necesito de recibir cartas de mi suplente reclamando mi presencia. Me ha decidido además, el modo brusco con que ha tratado V. á Rosario hace poco.

Usted no la quiere, Valerio; V. no aprecia, me parece, en lo que valen las buenas cualidades que adornan á esa niña....

Hizo otra pausa, y como su amigo no hablara, permaneció otra vez silencioso en angustiosa espera.

—Rosario es libre, dijo por fin Valerio levantándose, y puede elegir á quien le plazca por esposo.... Si ella le ama á V. tanto mejor. Por mi parte sólo deseo que se case V. pronto y se la lleve.... Hable V. con la abuela.... Y ahora le dejo á V.... Tengo una cita importante que casi había olvidado.

Se puso el sombrero y se alejó con rapidez, sin dar siquiera á su amigo las buenas noches.

—¿Qué hombre tan extraño! pensó éste saliendo lentamente del café; pero ha dado su consentimiento y basta....

Lo que debe hacerse mañana es mejor que se haga hoy....

Huía entre tanto Valerio, como si quisiera huir de sí mismo. Dejó atrás Recoletos y llegó á lo último de la Fuente Castellana.

Allí se dejó caer sobre un montón de piedras, rendido por su vertiginosa carrera, falto de fuerzas para resistir el dolor que le destrozaba el alma.

—¿Que se vaya, que me deje, que no la vuelva á ver jamás.... decía con sorda cólera. ¡Los amigos! ¿qué son los amigos sino enemigos encubiertos que acechan el momento de herirnos en medio del corazón y despojarnos de cuanto poseemos!...

Me arrebató á Rosario, como pretende arrebatarme la fortuna, invocando un irrisorio juramento....

¿Por qué le salvé la vida, cuando sólo y abandonado de todos en el buque, hubiera tenido por sepultura las olas de la mar?...

¡Ah! mi abuela tiene razón: tiene razón mi padre.... Sembrad beneficios y hallareis ingratitud. Las dos más bellas acciones de mi vida se revuelven contra mí, convirtiéndose en el dogal que me oprime la garganta....

Que se casen, que se vayan.... que yo no los vuelva á ver jamás.... De aquí en adelante viviré solo para mí: sólo para mi hija....

¡Hija que en breve me abandonará para arrojarse, como Rosario, en brazos de un desconocido!...

¡Oh, Dios mío! ¿qué tortura es esta? ¿Se puede vivir con esta daga atravesada en medio del corazón?... ¡No; no se puede vivir así!... Mejor es acabar de una vez con tantos sufrimientos.... Cuando no queda ya esperanza ni en la tierra ni en el cielo, ¿para qué prolongar el insostenible martirio?...

Mi abuela ha vivido así: ha vivido así mi padre... ¡Ah, ó ellos jamás han amado, ó eran de distintos y mejores templos sus corazones!...

¡Ah, Rosario!... ¿Y es posible que hayas dado á otro tu amor?... ¿Es posible que te vayas, que me abandones?...

Zoilo lo ha dicho.... Si ha mezclado la calumnia á la verdad, como hace siempre, lo cierto es que las palabras de Antonio confirman sus suposiciones....

¿Quisiera arrancarle el corazón, en donde está grabada la imagen de otro hombre!... ¿Quisiera vengarme de él, de ella, de todos!...

¡Pero entre tanto me la quitan!...

Levantóse como un loco, desandando á la carrera el camino andado; se internó por las calles, codeando y atropellando á todo el mundo.

Le parecía que se habían llevado á Rosario, que ya no volvería á verla, que le faltaría tiempo para arrancarla de los brazos de su rival....

Llegó jadeante á su casa, preguntó á los criados por la abuela, y corrió á la estancia en donde le dijeron que se hallaba.

Su corazón no le había engañado: Antonio estaba allí.

Debía haber ya formulado su petición, por cuanto doña Prisca se mostraba muy ufana, sin atender á las observaciones que parecía dirigirla en voz baja su hija, sentada junto á ella.

En efecto, así que vio entrar á Valerio, exclamó llena de gozo:

—¡Todo está y arreglado á tu gusto!

Yo me he apresurado á unir mi consentimiento al que has dado á Antonio, para que se efectúe esta boda, que me parece en extremo ventajosa y conveniente.

—Y ella, ¿qué ha dicho ella? preguntó Valerio con voz apagada, sintiéndose incapaz de dominar su angustia.

—Acabo de decir á doña Josefa que vaya á buscarla... Yo creo que se mostrará muy contenta del cambio de su posición.

Entró en aquel instante Rosario: venía asustada, temblorosa, sobrecogida por aquel brusco llamamiento, y aún más se asustó, aún más tembló, cuando vio allí tanta gente reunida.

—Rosario, dijo la abuela con su tono frío y enfático, acérquese V... tengo que darla una grata noticia... Este caballero, que lo es cumplido, además de amigo nuestro, quiere que V. sea su esposa.

Yo me congratulo de que la obra filantrópica que hemos llevado á cabo, haya tenido un término tan lisonjero. Ya sabe V. que hemos soportado la pesada carga que nos habíamos impuesto, sin vacilar en lo más mínimo. Este caballero se propone, si se casa V. con él, amparar á sus hermanos y cuidar de su porvenir. Valerio se ha apresurado á dar su consentimiento, feliz de ver asegurada su suerte y la de los suyos, y recompensados así los numerosos sacrificios que ha hecho por ustedes.

Cesó de hablar la abuela, sin que Rosario hubiese pensado en interrumpirla.

¡Una obra filantrópica! ¡Valerio se había apresurado á dar su consentimiento, dichoso de verse libre de la pesada carga que se había impuesto por deber!

¡Oh, cuán duras y cuán amargas fueron estas palabras para lo pobre niña! ¡Cómo cayeron sobre su corazón, semejantes á la losa de mármol que cae para siempre sobre la entreabierta sepultura!

Estuvo próxima á perder el sentido; no halló palabras en su garganta para responder.

—Rosario, dijo Antonio, la amo á V. y estoy seguro de labrar su dicha... Será V. la reina de mi casa; será V. la reina de Elanchove por su virtud y su belleza...

Ya, por desgracia, no tengo padres que puedan recibirla á V. en sus brazos y bendecirla; pero seremos, sin embargo, felices, por cuanto este enlace ha merecido la aprobación de sus generosos protectores... ¿Qué dice usted, Rosario? ¿Debo esperar?...

La jovencilla tenía los ojos cerrados, los brazos caídos á lo largo de su cuerpo.

Estaba inmóvil; parecía una estatua.

¡Ah, si hubiese abierto los ojos; si hubiera mirado en torno de sí, hubiera visto el extraño desorden en que se hallaba Valerio, le hubiera visto lívido, trémulo, agarrándose convulsivamente al marco de la chimenea, en donde estaba apoyado, para resistir mejor á la tempestad desencadenada en su alma.

Pero no lo vio; no lo vio nadie, fijas en ella las miradas de todos los circunstantes.

—Si mi protector lo desea; si desea verse libre de su pesada carga, dijo por fin en voz baja y llena de lágrimas, Rosario... ¡sea!

Precipitóse hacia ella Antonio, loco de felicidad; se amparó de su mano, y quitándose apresuradamente un anillo que llevaba en el dedo, lo puso en el de la joven, diciendo:

—Es el anillo de esponsales de mi madre; se lo doy á la que ante Dios es ya mi esposa...

No gustaba doña Prisca de ver turbada su olímpica serenidad con escenas románticas, como ella las llamaba, y así dijo:

—Terminado felizmente este asunto, puede V. retirarse á su cuarto, Rosario. Usted, Antonio, tenga la bondad de acompañarme al mío, en donde acabaremos de arreglar las pequeñas cuestiones de intereses.

Obedeció apresuradamente Rosario, temerosa de que

su dolor estallase en lágrimas, y salió del aposento, mientras lo efectuaba la abuela por otra puerta, apoyada en el brazo de Antonio.

(Continuará).

ECOS DE LA CORTE.

El invierno se ha inaugurado con mucha animación, y las elegantes, las que suelen acudir á todas las fiestas sociales, no saben cómo atender á los infinitos reclamos con que las asedian los teatros y los salones, pues en muchos de éstos últimos, si todavía no se baila, ya se reúnen en torno de la larga mesa, sobrecargada á primera hora con las labores primorosas, de las que desean lucir sus habilidades, y más tarde con las tazas de té.

Estas reuniones son las más agradables y variadas: se toca, se canta, se dibuja y se murmura, con la mayor franqueza y naturalidad del mundo.

Pero hay que ir vestidas, muy vestidas; y de aquí que aunque quieran parecerse á las fiestas íntimas de la familia, pierdan su carácter, y no logren atraer á las señoras modestas, cuyos gustos ó cuyos posibles, no las permita competir con las que estrenan cada día un nuevo traje.

El lujo exagerado, emponzoña en esta época todos los placeres, porque cuando se va á un teatro, es preciso no contar sólo con el precio de las localidades, sino con el de todos los perfiles que la moda exige.

Pero se ha dicho y se ha repetido tanto que el lujo es el auxiliar de la industria y fuente de la pública riqueza, que aunque quisiéramos que nuestras amigas fueran más sencillas, porque para nosotros el lujo es sinónimo de futilidad, no nos atrevemos á censurarlo.

En el teatro de Apolo se ha puesto en escena la zarzuela *Heliodora*, obra del inolvidable poeta laureado don Juan Eugenio Hartzenbusch y música del inspirado maestro Arrieta.

Si el buen viejo hubiese podido asistir al estreno, tantas veces acariciado de su obra, hubiera experimentado una dulce alegría, si no debida á su éxito, al ferviente deseo de acertar de todos los actores y á la respetuosa actitud del numeroso y distinguido auditorio.

No fué grande el éxito, porque el asunto de la zarzuela ha pasado de moda, por más que el público asista con paciencia á otras obras, que no son, ni han sido, ni serán nunca de moda, por su argumento insustancial y necio, y no están avaloradas con los versos cadenciosos é inspirados de *Heliodora*.

También en el teatro del Príncipe se ha rendido párrafos al príncipe de nuestros ingenios, poniéndose en escena *La jura de Santa Gadea*, y leyéndose poesías, todas bellísimas; pero entre las cuales sobresalió la tierna improvisación del popular actor Mariano Fernandez, que arrancó tantas lágrimas como aplausos.

Los demás teatros siguen haciendo esfuerzos inauditos para atraerse mutuamente al público, y en verdad que por ahora lo consiguen, pues casi siempre están llenos.

Lástima que las obras nuevas no correspondan á los esfuerzos de las empresas, pues casi se cuentan los estrenos por fracasos.

Y no es que nuestros jóvenes autores carezcan de genio, sino que imitan á Lope de Vega, en aquello de que: sus comedias en horas veinte y cuatro pasaban de las musas al teatro, y no todos pueden hacer como el gran Lope, el Fénix de los ingenios españoles.

En el lindo teatro de Lara se representó no ha muchos días, la preciosa comedia *Don Tomás*, del malogrado Serra, mereciendo todos los actores que tomaron parte en su desempeño justísimos aplausos.

Brillante estuvo la inauguración del concurso escolar en el salón de la Escuela Nacional de música, como asimismo la que se efectuó en el Paraninfo de la Universidad, siendo numerosa la asistencia del bello sexo.

Los filarmónicos pasaron un rato delicioso el domingo en el concierto dado en el teatro del Príncipe Alfonso por el Sr. Saint-Saëns, que es un verdadero artista, y muchos se prometen pasar en el teatro Real, cuya inauguración se efectuará muy en breve, poniéndose en escena la bellísima ópera *Roberto el diablo*.

En los círculos aristocráticos no se habla más que de la próxima boda de la bella Conchita Serrano, gala y encanto hasta ahora de la sociedad madrileña, y la de la linda Mercedes Castellflorit, la gentil hermana de la condesa de San Fernando, que se unirá al conde de

San Antonio, primogénito de los duques de la Torre.

Son indescriptibles é innumerables las galas que se preparan con este objeto.

Los joyeros de París han hecho maravillas, imitando con brillantes las flores de azahar que deben lucir los felices desposados.

Para una de ellas, Conchita Serrano, el reputado Laferriere ha hecho un precioso vestido de raso blanco. El célebre modisto Worth, se ha excedido á sí mismo en los demás trajes de las desposadas y de sus hermanas.

Según me aseguran, los contratos se firmarán con una pluma de oro adornada de rubíes y brillantes, regalo de la simpática señorita Shee Saavedra. El aderezo, de perlas negras y brillantes, es regalo de la Sra. Condesa de San Fernando.

También llama la atención, entre los variados y ricos presentes, un precioso abanico del siglo XVI, recuerdo de la señora hermana del duque de la Torre á su sobrina.

Ambos matrimonios se verificarán el 9 del presente Octubre. Después, los recién casados, partirán para Londres, y para Madrid los duques de la Torre y la condesa de San Fernando.

¡Ojalá que la luna de miel de los nuevos cónyuges, sea dulce y prolongada!

VÍCTOR CUENDE.

LOS PAJAROS.

Hé aquí unas deliciosas líneas, á cuyo espíritu nos asociamos, y que publica en su último número nuestro apreciable colega la *Feuille Vinicole de la Gironde*:

«Hace muchos años que defendemos la causa de los pobres pajarillos, esos seres encantadores que alegran nuestras campiñas, que regocijan nuestros oídos con sus melodiosos cantos y que tantos servicios prestan á la agricultura, porque para la destrucción de tantos millones de insectos dañinos, son sin disputa los auxiliares más preciosos que tiene el hombre. En esta cuestión, pues, los intereses públicos se armonizan con los sentimientos del corazón.

Los hombres que piensan y meditan se preguntan con extrañeza cómo es que no se ponen de acuerdo los legisladores y los gobiernos todos del mundo para ayudar y proteger á esos interesantes volátiles que no constituyen lo que se llama piezas de caza, que figuran por una mínima parte en el consumo, y que nos ayudarían tan eficazmente en esa lucha emprendida contra insectos ante los cuales el hombre tiene que confesarse impotente.

Deberíamos ser razonables y no destruir por capricho una de las armonías más maravillosas de la naturaleza. En el momento de alterar el equilibrio no existe de hecho el orden de la creación, que cuesta mucho trabajo restablecer. Es indispensable, pues, para empezar á respetar los pájaros, que los padres de familia vigilen á sus hijos, y que los preceptores en las escuelas inculquen á sus discípulos sentimientos humanitarios respecto á este punto.

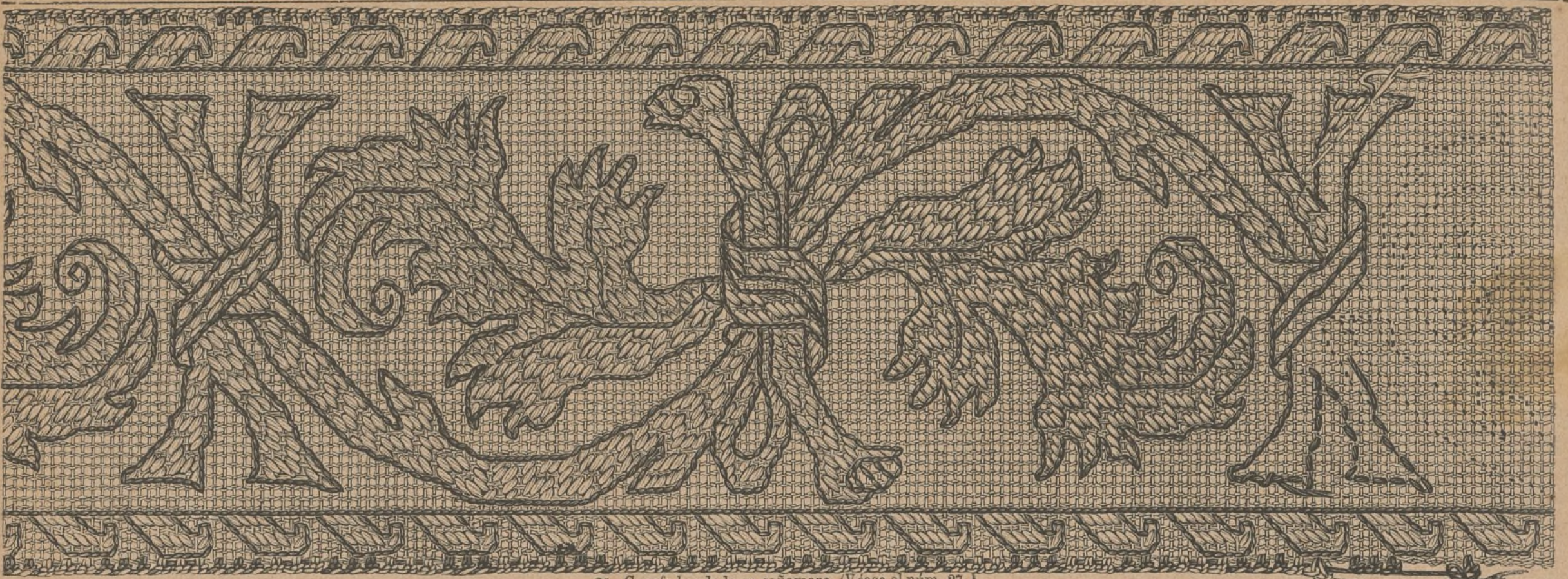
Si no bastan los consejos, es preciso que la ley intervenga severamente, y que proteja á esos seres que el hombre no sabe ó no quiere defender.

La mujer, que se distingue siempre por la ternura de sus afectos, no debe consentir que su marido, y sobre todo sus hijos, se entreguen al bárbaro placer de sacrificar á esos inocentes, que al venir á cantar en nuestras ventanas y jardines, parece que tratan de interesarnos para que le dispensemos y le hagamos gracia de la vida. Los pájaros pagarán con usura el favor que se les otorgue, y además nuestra alma sentirá esa delicia inefable que se experimenta cuando hacemos una buena obra.»

SECRETOS UTILES.

Mr. Luis Figuer, recomienda el uso de la esponja para limpiar los vestidos, en lugar de la escobilla, pues ésta suele recoger la grasa y el polvo para dejarlos en la prenda que se limpia después. Para hacer que desaparezcan las manchas de grasa, se prepara una mezcla de 62 gramos de esencia de trementina, 8 gramos de alcohol y 8 de éter sulfúrico.

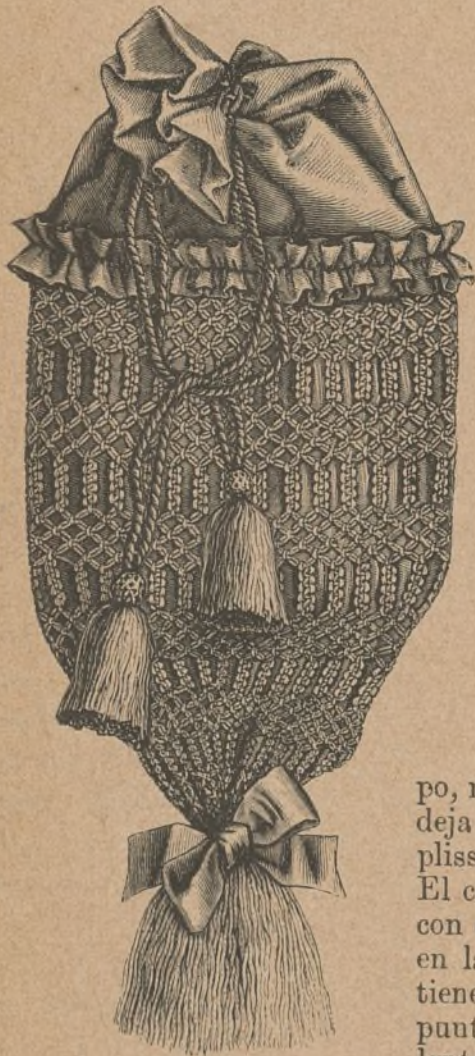
Esta mezcla se conserva en una botella ó tarro tapado herméticamente, debiéndose agitar mucho antes de em-



26. Cenefa bordada en cañamazo. (Véase el núm. 27.)

plearla. Llegado este momento, se moja en ella la esponja, se empapa bien de líquido la parte de la tela manchada, colocada primeramente sobre un lienzo en muchos dobleces, y se frota con la esponja hasta que la mancha desaparezca.

Hé aquí un excelente barniz para los muebles. Se toman partes iguales de goma arábiga disuelta en agua y de sandaraca disuelta en aguardiente. Añádase azúcar candí y una clara de huevo, y se bate y mezcla bien.



30. Bolsa calada. Labor de nudos. (Véase el núm. 31.)

EXPLICACION DEL FIGURIN 1.427

FIG. 1.^a Traje para señorita. — Vestido de lana, gris claro, con dibujo menudo, guarnecido con lana lisa, azul fuerte.

La falda, plegada a la rusa hasta la rodilla, está adornada con un bias pespunteado.

La túnica, recta, va abierta cerca de 15 cents. en la costura del costado izquierdo, mientras en el derecho va recogida con muchos pliegues, lo que la hace formar una punta por delante.

Los pliegues parecen estar sostenidos por un lazo azul. El cuerpo, muy escotado en forma de corazón, deja ver el chaleco de la tela azul con plissé de encaje. El cuerpo cierra con dos botones en la cintura, y tiene aldetas de puntas por delante y frac por

Lazos y bieses

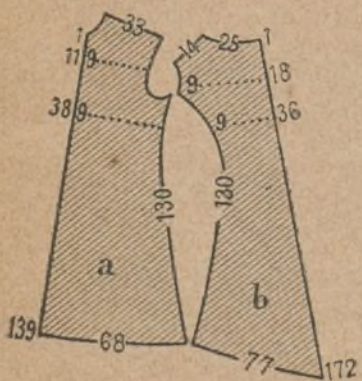
completan el adorno.

El sombrero lleva lazo alsaciano y una pluma blanca.

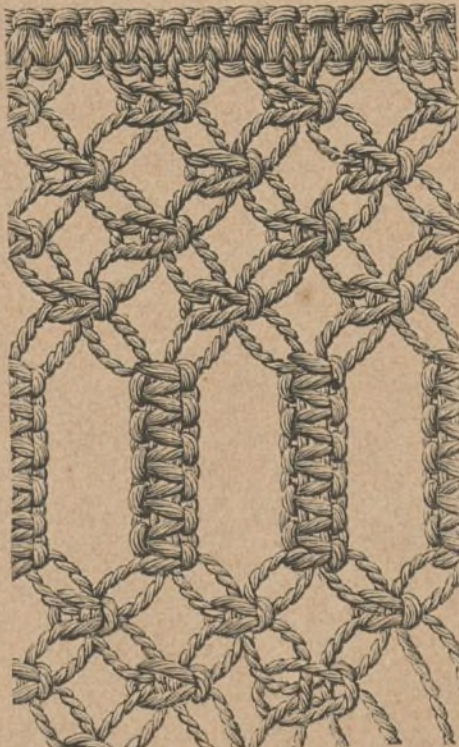
Este gracioso traje puede servir para teatro y reunión.

FIG. 2.^a Traje de paseo. — El vestido es de beige color crema, y los adornos de cachemir fondo crema y dibujo encarnado. La falda, redonda, lleva por abajo los volantes fruncidos, y en el centro de adelante un bullo-nado con cabeza, terminado con un lazo encarnado.

Doble túnica, cuya parte inferior está recogida en punta por delante y drapada por atrás. Cuerpo con aldeta añadida cubierta por el adorno, y cerrado con dos filas de botones sobre el



35. Cfoquis de la matinée núm. 23.



31. Labor de nudos (macramé) para la bolsa núm. 30.



28. Marco de raso para fotografía.



29. Cartera en cañamazo pkin. (V. los núms. 9, 16 y 17.)



27. Cenefa bordada en cañamazo. (Véase el núm. 26.)



33. Cenefa para el tapete núm. 18.

costado izquierdo, de modo que cruza en el medio de delante. El escote es cuadrado, orillado con un bias de 5 cents. de ancho, un plissé de la tela y otro de encaje. Sombrero con plumas blancas y crema, y lazo crema.

Una señorita alemana, de buena y esmerada educación, desea dar lecciones de alemán y de pintura, ó bien colocarse en casa de una familia honrada. S. biendo asimismo el francés y toda clase de labores, sería

muy á propósito para educar señoritas ó acompañar á una señora sola.

En la Administración de este periódico se darán cuantos informes se deseen.

Una amabilísima suscritora nos pregunta si será conveniente el agua de salvado para refrescar el cutis y combatir sus granos y es-



32. Fondo de la cofia núm. 11.

ó o la creemos conveniente, sino que recomendamos con eficacia su uso á cuantas personas padezcan de lo mismo.

OBRAS DE DOÑA ANGELA GRASSI

que se hallan de venta en la Administración de EL CORREO DE LA MODA.

Marina. Narración histórica. 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

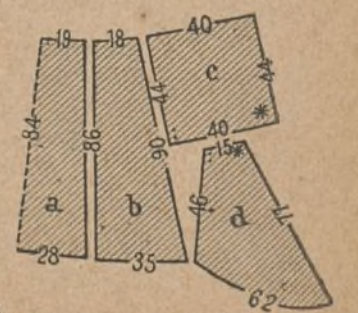
La gota de agua. Un tomo: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

El primer año de matrimonio. Un tomo: 5 rs.

El copo de nieve. Un tomo: 8 reales en Madrid y 10 en provincias, franco de porte y certificado.



34. Fleco para el traje núm. 11.



36. Patron de la enagua de cola núm. 6.